




UN MAL DIA

ALVARO CASTILLO

(extracto)

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

[sungailola@gmail.com](mailto:sungailola@gmail.com)

# Índice

UN MAL DÍA

biografía y enlaces

# UN DIA EN LA VIDA DEL ARTISTA PROFESIO- NAL

Como todos los días, a las siete menos cuarto en punto, sin necesidad de despertador, cuando en Londres, a aquella altura del año (junio, a comienzos), el crepúsculo del día ha ya dado paso a los clarores pálidos del amanecer, Antonio Díaz Jardim abre los ojos, parpadea varias veces y se gira a medias en el vasto lecho. Su mujer, como siempre, aún está dormida; por costumbre y por una vaga superstición que lo ha avergonzado siempre un poco, Antonio empieza su día con un beso distraído en el cabello desparramado de su mujer, que huele a humo sobre un vago relente almizcleño, el olor misterioso del sexo, de la hembra, de la Madre Tierra. Sentado en el borde de la cama, Antonio se despereza despacio, músculo por músculo de brazos, tórax y piernas, con una sensación grata de suave, leve voluptuosidad.

Envuelto por su cómodo y holgado, elegante pijama celeste, con finas y espaciadas líneas amarillas de hilo de oro, Díaz Jardim se incorpora, calza sus pantuflas y ejecuta diversos movimientos gimnásticos por espacio de diez minutos. Acto seguido se encamina ---hasta aquí time present----- al cuarto de baño, a través del amplio vestidor con sus anaqueles, su placard empotrado y sus dos espejos, y se ducha minuciosamente, con gel para la piel, champú para el pelo, esponja de mar, esponja sintética, cepillo de cerda dura y otro de cerda blanda, escobilla para los rincones inaccesibles de la espalda, y piedra pómez para los talones, los dedos de los pies, de forma más suave por el dorso de vello prieto de los brazos y por las piernas, también la fricciona contra la callosidad que escribir a mano le ha formado en la base del nudillo superior del dedo largo o corazón; se afeita con su maquinilla eléctrica, se puntea la barba afeitada con un algodón empapado en loción after shave suave y cara y, envuelto en un gran toallón a rayas azules y blancas pasa al vestidor, donde elige para esa mañana un chándal azul, casi nuevo, que le ha regalado la mayor de sus hijas con motivo de su quincuagésimo tercer cumpleaños, habido unos cuatro meses antes, se calza sus zapatillas de correr, marca Reebok, se pone el cronómetro en la muñeca y se peina su negro cabello corto, aunque rebelde, vetado de plata en las sienes, con peine de carey, cepillo y, por último, el peine de acero de finos y apretados

dientes. Se mira en uno de los espejos, se aprueba con un discreto movimiento afirmativo de la cabeza, pasa sigilosamente por el dormitorio, en diagonal hacia la puerta y, tras un breve pasillo, va a dar al salón recibidor.

El gran ventanal muestra el Big Ben, cuya hora coincide al minuto con la de su cronómetro. Perfecto. Se encamina a la puerta de entrada, recoge sus llaves de encima de un aparador bajo y sale, al fin. Su mujer es asustadiza, tiene miedo a ladrones, violadores, serial killers y a todos los furtivos horrores que agrietan y enturbian la pacífica vida doméstica de las clases medias del opulento Occidente en este atroz final de siglo; del siglo, se dice, más sangriento y sanguinario de la historia de la humanidad; de modo que no olvida (nunca olvida nada) pasar la llave a todas las trancas y cerrojos de la puerta de calle (blindada). Baja a pie las siete plantas y atraviesa el hall de acceso, desierto todavía, con andar firme e igual entre los gomeros, los búcaros con rosas y claveles, los frisos pseudogriegos y los espejos y sale, por fin, a la calle.

Un vientecillo apenas perceptible le da al aire una fresca tersura que es de agradecer.

Díaz Jardim anda dos manzanas hasta el bar *The Blitzkrieg*, cuyo propietario es un irlandés de apellido Mulligan, que ha estado ocho años en prisión como miembro del IRA, y a quien el escritor (profesión de Díaz Jardim) ha utilizado, con el apellido Cameron, en una de sus novelas; concretamente en la segunda parte de *Bajo el dorado resplandor de la luna en verano*; la segunda, son tres partes, se llama Lluvia; la primera y tercera se llaman, de forma respectiva, Viento y Nubes; en ninguna de las dos aparece Cameron, ni se lo cita siquiera, aunque en Lluvia es el protagonista, y en muchos fragmentos se arroga la primera persona de narrador. Mulligan, aunque hoy por hoy en regla con la ley y la justicia, aborrece de Inglaterra y de los ingleses y no se recata de proclamarlo; de proclamárselo a los mismos ingleses que visitan su bar, que no es un oscuro pub irlandés sino un típico y luminoso bar inglés; un magnífico bar inglés, por lo demás. Aunque de ideas cercanas al marxismo leninismo, Mulligan saluda a la gente, al menos a la que aprecia, con una especie de remedo del saludo fascista y/o nazi, brazo en alto. Díaz Jardim, de cuya amistad se gloria y a quien llama distendida y naturalmente Tony, como éste lo llamaba a él Fred, es uno de sus clientes habituales más apreciados; aunque en realidad, para Díaz Jardim, distan de ser amigos; él no tiene amigos, a excepción del pintor liguánés Milton Ashley, que, como él, se ha trasladado a la ex metrópoli imperial; él tiene discípulos, admiradores, inclusive vasallos y lacayos, y, por supuesto, como todo hombre llegado

a su altura, una caterva de enemigos, pero amigos no, a excepción de Ashley; una amistad, de todas formas, tardía, que nació cuando los dos rozaban los cuarenta. Estos otros dos, Mulligan y él, se respetaban. Tony respetaba en Fred al guerrero que ha sido, que fue, y Fred en Tony al artista que aún es, que ha sido y será, y que además lo ha metido, con su apellido cambiado pero a él, en una de sus novelas; en una de sus mejores novelas. Esa mañana concreta, empero, Fred no está en su local.

-No ha llegado aún, señor –le dijo Kalash, el camarero ucraniano, a Díaz Jardim, cuando éste, ya sentado a su mesa de siempre, en el rincón, le pregunta por el patrón.

Sin necesidad de que él lo pidiera, le sirven su desayuno de todos los días (excepto los domingos, ya que el bar cierra ese día), compuesto por un capuccino como se debe, con chocolate espolvoreado, un vaso con el zumo de cuatro naranjas exprimidas en el momento, y una botella de agua mineral con gas. Nada de sólidos hasta después de escribir, según le ha enseñado la experiencia.

Con el desayuno le traen su periódico, *The Independent*, donde una vez al mes aparece su firma, al igual que en *Le Monde*, *El País*, *Il Messaggero*, *The New York Times*, *La Nación* y *Excelsior*, así como en el coloso japonés *Nahashi Shimbun*, con 17 millones de ejemplares de tirada.

Díaz Jardim lee por encima el periódico mientras trasiega su frugal desayuno, deja el usual billete de propina (cincuenta peniques), ya que tiene cuenta, le fian; cuenta que él paga a plazos irregulares, en realidad caprichosos, de hecho cuando se acuerda o cuando se le antoja. Mulligan jamás se la reclama; no hace nunca ni la menor alusión al respecto (aunque Díaz Jardim, o DJ, como lo llamaba también el irlandés, Di Yei, llevara varios meses sin saldar su deuda) y, luego de saludar con un fugaz movimiento de una mano al camarero ucraniano que lo hubo atendido cuando llegó, vuelve a la calle. Anda otras once manzanas hasta Hyde Park, y unos quinientos metros más, aproximadamente, dentro del parque, hasta llegar al punto justo del sendero, señalado por dos largos bancos enfrentados y una farola justo en el recodo, que es donde arranca su hora exacta de footing o jogging, para lo cual ajusta su cronómetro en las ocho en punto, para lo que faltan unos tres minutos; después lo reajustará.

A las nueve en punto, según el cronómetro, o sea a las nueve menos tres minutos, se sienta, somera pero cumplida y satisfactoriamente cansado y sudado, en uno de esos largos bancos de hierro pintados de verde, que fueron distribuidos por el parque a pro-

puesta del rey Eduardo VII, y que son quizá lo más perdurable de su corto e inocuo reinado. Díaz Jardim, miembro de una de las escasas familias realmente aristocráticas de Liguania, sobre todo por parte de su padre, simpatiza con aquel anodino y semiolvidado monarca, que relumbró en Europa y América como dandy y Prince of Wales.

Antonio nunca ve la televisión, a no ser que emitan alguna buena película muda o vieja, en blanco y negro; ha visto, empero, la serie entera que rodó la BBC sobre la vida de aquel largamente Príncipe de Gales y brevemente Rey de Inglaterra, de Escocia, de Gales y de Irlanda y Emperador del colosal Imperio Británico, que él fue el primero en proponer como British Commonwealth of Nations, nomenclatura que se adoptaría al final del reinado de su nieto Jorge VI. Era una buena serie, la única que a él, DJ, le ha genuinamente interesado; la tiene grabada íntegra, y a veces le revisa algún episodio o algún fragmento. La encuentra parecida, en su estructura, falsamente lineal, a una de sus primeras novelas, su primer libro que alcanzó repercusión internacional, Todo sobre la vida de Juan Saltillos Varela, y en ocasiones se pregunta si estos ingleses no habrán...; en fin.

Juan Saltillos fue su primer gran éxito de crítica y ventas, traducida a trece idiomas; un éxito después rápidamente, multiplicado por la barroca La hora de los lobos y la compleja y abigarrada Final de trayecto. Tres historias muy distintas fue un experimento, en el que empleó, por primera vez, el dialecto propio suyo, al que ahora dará remate con Fazannas de Termagant en Tierras Vírgenes de Yndias, una novela en la que se entrecruzan tres épocas, la de la Conquista española, la de la dominación inglesa y la de la independencia y los años inmediatamente anteriores y posteriores, es decir, más o menos, la última mitad de los cincuenta y la primera de los sesenta del siglo XX, con tres protagonistas masculinos que pertenecen a la misma denodada familia marujeña (nativos de Isla Maruja, donde él había nacido), y que llevan los mismos nombre y apellido.

‘Nacer liguanés es nacer jodido’; así da comienzo la novela.

Sentado en el largo banco verde, relajado, Díaz Jardim divaga en torno a su novela en gestación, con una tranquila sensación de euforia que no le es para nada desconocida. Sabe que se encuentra en el ápice de su potencia creativa; sabe otrosí que una vez acabada Fazannas tendrá que tomarse un descanso, acaso largo, ya que le ha prometido a Leticia unas largas vacaciones y viajar, actividad que él detesta, aunque en razón, primero, de su busca de lugares y aventuras que trasladar a su imaginación y su pluma, y, segundo, de su creciente fama, se ha recorrido la mitad del mundo. Todo esto del descanso, la vacación, el viaje, lo inquieta misteriosamente, sin saber por qué. ¿O a sabiendas? Él es



un artista, un escritor, y lo único que hace bien y con placer, coitos y daikiríes al margen, es escribir.

DJ se levanta y, ya fuera del parque, a la vista del Big Ben, pone en hora exacta su cronómetro.

De vuelta en casa, tras un paseo a paso lento, que le lleva unos veinte minutos, platica otros pocos con su mujer, que desayuna desgredada, aunque bellísima, sumida en la ¿lectura? de una de esas estúpidas revistas de chismografía que tanto daño le hacen al otrora sólido y discreto prestigio inglés.

-¿Qué quiere decir Sh reud, querido?

-A ver; déjame ver.

Antonio, como lo llama su mujer, se inclina y mira donde apunta una uña rosada de ésta.

-Quiere decir artero, astuto. Se pronuncia shrad.

Son diez y veinticinco; le da el tiempo justo para una corta ducha y cambiarse.

Se viste con su ropa de trabajo, consistente en una vieja camiseta con remiendos, que fue azul un día y hoy es gris, un gris gastado y desigual a fuerza de mil lavados, un pantalón bolsudo que conserva de sus años jóvenes, lleno de rotos y más remiendos y, por ser casi verano y hacer casi calor (entendido a la inglesa), descarta sus gruesas medias deportivas y se calza unas playeras baratas, flexibles, de goma, sin los calcetines; las playeras llevan una lengüeta fija que las sujeta entre el dedo gordo y el largo. El calzado importa poco, de hecho. Lo que realmente importa son la camiseta y el pantalón, unos jeans, o vaqueros, que le regaló su prima carnal, novia y después primera mujer, Carmencita Mendizábal.

La camiseta se la compró, no recuerda dónde ni por qué, aunque sin duda en Queenstown o, acaso, en Isla La Maruja; seguramente porque sí, porque Ñame llevaría una igual o muy parecida y él, en aquellos toscos, rudimentarios y mareantes años de aprendizaje (*lehrjahre*), hacía todo lo que hacía Ñame, que era el jefe de la banda, el mayor de todos, el primero que se había culeado una sirvienta y el que tenía la picha más gruesa y más larga. Ñame, también llamado Pichincha, o Larguito, o Toy o Twister Guerrero Morphy, James Francisco Alexander de nombres bautismales, es biznieto del general escocés Douglas L Morphy, vencedor de la rebelión criolla encabezada por los legendarios, quizá míticos o mitológicos hermanos Silva; la estatua ecuestre del general ilustra

St James Square, en el centro o punto cero de Queenstown, entre macizos de flores blancas y rojas y ribetes de césped, encerrados detrás de veinte centímetros de rejas desplegadas en rimeros de líneas convexas entrecruzadas, el hierro maltratado por los años, por el salitre del mar, el orín, el moho, el hastío, la desidia, la herrumbre; la estatua esta adornada por centenares de blancas deposiciones de palomas, que le dan un aire modernista, quasi abstracto.

DJ la vio, con Leticia, hará unos dos años, algo menos, y Leticia la fotografió, como hizo desde distintos ángulos, con otros cientos de sitios, esquinas, estatuas, playas, gente, Gente anónima y al Premier Alejandro Wirtz-Solanas, a Lafayette Ramírez y al Tremebundo mausoleo de su medio hermano Big Tom, con su efigie en mármol metralleta en manos: eso y cien o mil cosas y casos y casas más. Y a él, DJ, en un portal, un zaguán, una esquina, a la sombra de una iglesia, de la catedral, en la solemne escalinata de Parliament House, sede de las tres cámaras, Asamblea, Diputación y Senado, del peculiar sistema legislativo vigente en el archipiélago desde que triunfó la independencia, la revolución independentista, encabezada por Big Tom Ramírez; también frente a las rejas de Government Place, donde se reúne el Poder Ejecutivo, compuesto por el Premier y sus ministros o secretarios, y frente a los tupidos árboles que flanquean el sendero con su rotonda final de la Casa del Primer Ministro, en el lujoso barrio de los Old New Fields, en el distrito elegante de La Columela, del lado hacia fuera del Arroyo Griseco, con el bello y amplio puente, La Columela Bridge, que lo sortea; un hilillo de aguas turbias, marrones, con pradillos de hierbamala sobre ambas orillas; también en el puente y en la orilla baja, o sudestina, del arroyo, a cierta distancia, porque los bordes interiores de las orillas son pantanosos y hay todo tipo de insectos, desde el mosquito anofeles, de la malaria, al mortífero alacrán de humedal, letal pariente del escorpión de tierra seca o de desierto; también parece que hay serpientes: víboras ciegas, gusanos azules, la venenosa serpiente crucifixión, que alcanza el metro y medio, se enrosca sobre sí misma y lleva carraca en la cola, la inofensiva y veloz víbora mus mus y otras.

Un sitio que Antonio prefiere no pisar, aunque de muchachos, de adolescente, con Ñame al mando, competían en cazar alacranes con redes de mariposa; una mañana, él aún lo recuerda, con una especie de taimado y lateral orgullo superviviente, Antonio cazó seis, más que ningún otro, más que el mismo Ñame, que se enfureció y lo tildó, no por vez primera pero con rabia, no con desdén, de mariconcillo y de nené de mamá.

Hoy día, después de quizá cuarto de siglo sin verlo ni saber nada de él, y pasados frisados cuarenta años de aquellas primerizas experiencias, vergonzantes a sus ojos actuales, odiosas, Antonio se percata, con un sentimiento mezcla de ira, repulsión y remordimiento, de que todavía aborrece a Ñame con toda su alma. El celebrado escritor y, se-

gún sus últimas noticias, de hace alrededor de un cuarto de siglo, un empleado de banco, porque los Guerrero, como los Morphy, tendrían y retendrán mucha prosapia, tanta al menos como los Díaz Jardim, pero la fortuna, los campos petrolíferos –los primeros que se explotaron en Liguania, en las islas León y Manzarrivas–, la central hidroeléctrica de la Great Liguania, o Isla Grande, que abastecía de energía y luz a Hellbroom, la ciudad más poblada del país; todo aquello se lo habían comido las generaciones de dandies y ramerías finas, ávidas manos ajenas y el mero transcurrir del tiempo. ¿Name Guerrero, dos años mayor que él y su ejemplo a imitar, el de la polla más grande y los puños más fuertes, el que más resistía el alcohol y el primero que se folló a una criada, piensa Antonio, ¿lo habré odiado todos estos años sólo por eso, por la verde y vertiginosa envidia, por los sublimados y secretamente voceantes celos?

Antonio Díaz Jardim se sentó a escribir, encerrado en su despacho, a las diez y cuarenta y seis minutos, y terminó la frase que había dejado inconclusa la víspera. Luego meditó largo rato. Escribía en una vieja Smith-Corona, de cinta, con cinta azul de seda, que usaba un máximo de cuatro pasadas antes de cambiarla por una nueva. Tenía siempre una caja de doce cintas en el cajón del medio de su mesa escritorio, negras y azules, y varias cintas sueltas, protegidas, cada una, dentro de su propio envoltorio de celofán. En otra mesa tenía un ordenador personal, que podía conectar con la redacción del *Independent* para enviar sus artículos mensuales, que escribía en inglés y que traducía él mismo para los diarios en idioma español en los que se publicaba; también, aunque no siempre, escritos en francés, para *Le Monde*, el gran periódico diario de París, que él también traducía, en este caso al español y al inglés. Los artículos mensuales los escribía directamente en el ordenador, en el que también escribía casi todas sus cartas, en el que rellenaba su declaración de renta y al que usaba para otras molestias de diferentes y variados calibres. La Smith-Corona la reservaba para sus obras literarias. Había escrito con ella su primer libro, *Un verano en Queenstown*, de cuentos, nueve cuentos breves, un libro que había pasado debidamente inadvertido, y a partir de aquella olvidada obra juvenil había nacido, crecido y solidificado su ansia, primero, su vocación, más tarde, su profesión, finalmente, de escribir, de escritor.

[Comprar el libro](#)

[Comprar el libro en Amazon](#)

---

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](#)